

grados, no debían ponerse nunca en práctica, no siendo con miserables estratajemas y zalamerías como estas? ¿Y si la astucia y la corrupcion, y no la filosofía ni la religion, fueran las destinadas á regir al género humano? ¡Horrible pensamiento! Y no obstante... ella, que toda su vida habia tratado de ser independiente, de no ceder á las circunstancias ni á la costumbre, de combatir sola contra el cristianismo y una época degradada... ¿cómo en la primera ocasion importante y crítica de obrar que se le habia presentado, habia permanecido muda, irresoluta, pasiva, víctima, en fin, de la misma corrupcion que deseaba exterminar? No conocia que los que no poseen otros medios para regenerar un siglo corrompido mas que pedanterías dogmáticas concernientes á un pasado muerto para siempre, tienen que concluir en la práctica pidiendo prestadas con doblez, y usando torpemente las mismas armas de la moderna edad que combaten, y remendando vestidos viejos con telas nuevas, hasta que los rasgones sean patentes é incurables. Pero entretanto, estas meditaciones desterraron del entendimiento

de Hipatia aquel dia á Palas, la oda, la filosofía, todo... hasta Pelagia la impúdica.

CAPITULO XXII

SINESIO.

EN un pequeño y mal amueblado cuarto alto de una casa de campo, estaba sentado Sinesio, obispo de Cirene.

A su lado sobre una mesa, se veia una copa de vino, hasta entonces intacta. Lenta y tristemente á la luz de una opaca lámpara, escribia un verso ó dos, y luego se tapaba el rostro con las manos, mientras que caian ardientes lágrimas por entre sus dedos sobre el papel, hasta que entró una criada y anunció á Rafael Aben-Ezra.

Sinesio se levantó con un gesto de sorpresa y corrió á la puerta.

—No, dile que venga. Atravesar esta noche esas habitaciones desiertas, es mas de lo que puedo sufrir.

Y aguardó á su huésped á la puerta. Cuando entró le cogió las manos entre

las suyas y quiso hablar; pero se le ahogó la voz en la garganta.

—No hables, dijo Rafael con dulzura, conduciéndole á su asiento; lo sé todo.

—¿Lo sabes todo? ¿Y eres tan distinto del resto del mundo, que vienes á visitar al hombre despojado y abandonado en su miseria?

—Soy como los demas, pues venia á tí en busca de consuelo. ¡Ojalá que pudiera darte! Pero los criados me lo dieron todo abajo.

—¿Y sin embargo, persististe en verme como si estuviera en mi mano ayudarte? ¡Ay! á nadie puedo ayadar ya. Me encuentro enteramente solo y sin auxilio humano. Volveré al seno de mi madre como salí de él. Mi último y mas hermoso hijo me ha sido quitado tambien. Gracias doy á Dios de haber tenido un dia paz para colocarle junto á su madre y sus hermanos, aunque solo El sabe cuánto tiempo permanecerán los caros sepulcros sin ser profanados. Bastante vergüenza ha sido ver desde mi solitaria torre las cenizas de mis abuelos espartanos, los hijos del mismo Hércules, mi gloria y mi orgullo, ¡necio y pecador de mí! arrojadas al viento por

bárbaros ladrones.... ¡Oh, Señor! ¿cuándo pondrás fin á tantas miserias con mi muerte?

—¿Y de qué ha muerto el pobre niño? preguntó Rafael esperando suavizar el disgusto, haciéndole desahogarse por medio de palabras.

—De la peste.... ¿Cnál sino ese ha de ser el destino del que respira un aire contaminado con los cadáveres y mira sobre sí un cielo oscurecido por aves de rapiña? Y aun soportaria esto si pudiese trabajar, si pudiese prestar algun auxilio. Pero encontrarse aquí, encerrado ahora por muchos meses entre estas odiosas torres; mirar una noche tras otra el cielo rojo con las llamas; oír diariamente los gritos de los moribundos y los prisioneros (pues ya han empezado á asesinar á todos los varones, sin escluir á los niños de pecho), y verme encadenado, impotente, aguardando mi fin como un idiota. Quisiera salir y morir combatiendo; pero soy su última y única esperanza. Los gobernadores no se cuidan de nuestras súplicas: en vano he dirigido memoriales á Genadio é Inocencio con la elocuencia que he podido usar en la miseria que me abrumba.

No hay resolucion ni unanimidad en el país. Los soldados están esparcidos en cortas guarniciones, que se limitan á defender las propiedades particulares de sus oficiales. Los ausurianos los derrotan poco á poco, y armados con sus despojos han comenzado ya á sitiarse ciudades fortificadas, y solo nos resta rogar que como Ulises, seamos devorados los últimos. ¿Qué estoy haciendo, refiriéndote de un modo egoista mis pesares, sin escuchar los que te afectan?

—No, amigo mio; estás refiriendo los males de tu país, no los tuyos. En cuanto á mí, no tengo disgustos.... sino desesperacion, que siendo irremediable, puede aguardar. Pero no debes bajo ningun concepto permanecer aqui. ¿Por qué no te vas á Alejandría?

—Moriré en mi puesto como he vivido, sin dejar de ser un solo instante el padre de mi pueblo. Cuando al fin la misma Cirene sea sitiada, volveré allí, y los conquistadores hallarán al obispo en el sitio que le corresponde ante el altar, donde por muchos años he ofrecido el incruento sacrificio á aquel que tal vez exija de mí uno sangriento para que la profanacion del altar, manchado

con el asesinato de su ministro, ponga el sello á la suma de los males de Pentapolis, y excite al Señor á vengar sus ovejas degolladas. No hablemos mas de esto. A lo menos puedo recibirte en mi casa, y despues de comer me dirás lo que te trae aquí.

Y el buen obispo, llamando á sus criados, les dió órdenes encaminadas á mostrar á su huésped toda la hospitalidad que en sus presentes circunstancias le era posible.

La acostumbrada penetracion de Rafael no le habia abandonado cuando en su perplejidad se dirigió casi instintivamente á Sinesio. El obispo de Cirene, si se ha de juzgar por la agradable correspondencia privada que ha dejado, era uno de esos hombres activos é impresionables que sienten la alegría y el dolor, si no con profundidad y de un modo duradero, con abundancia y apasionadamente. Vivía, como Rafael dijo á Orestes, en un torbellino de buenas obras, trabajando por el mero placer de la accion, y cuando no habia nada que hacer, lo cual hasta últimamente le habia acontecido raras veces, expiaba su pasada excitacion con accesos de me-

lancolia. Era hombre de estilo grandilocuente y florido, no sin su poco de vanidad; pero bondadoso, agudo, dotado de incontrastable valor, así físico como moral, con un talento claro en las cuestiones prácticas y turbio en las especulativas; si bien, como sucede por lo común, estaba orgulloso, especialmente de su lado más flaco, y amaba con ardor las meditaciones filosóficas, mientras que sus detractores decían, no sin razón, que estaba más iniciado en el arte de adiestrar soldados y perros de caza, que en los misterios del mundo invisible.

Rafael le cobró afecto sin saber por qué, no seguramente porque esperase de él ningún consuelo filosófico, quizá porque Sinesio era, como acostumbraba decir Rafael, el único cristiano á quien había visto reír de corazón; quizá porque tenía alguna esperanza, no confesada ni aun á sí mismo, de encontrar en casa de Sinesio los compañeros de quienes acababa de huir. Vagaba alrededor del nuevo y extraordinario brillo de Victoria, como la mariposa en torno de la luz, según confesó después de la comida á su huésped, y había ido allí

por si podía quemar sus alas otra vez.

Mucho trabajo costó al anciano obtener aquella confesión. Viendo que Rafael tenía algo oculto que deseaba decir, estorbándosele únicamente su excesivo orgullo ó su recelo habitual, determinó averiguar el secreto, y olvidó sus pesares desde que hubo una persona á quien podía hacer bien. Pero Rafael era inexplicablemente obstinado; se había verificado en él un gran cambio con la desaparición de todos sus chistes y hasta de su humor satírico. Parecía consumido por una fiebre interna; estaba inquieto, se mostraba caprichoso, bruseo, y aun impertinente, y la curiosidad de Sinesio se excitó al ver que Rafael seguía firme en su propósito de no consultar al médico á quien se había presentado en clase de paciente.

—¿Y qué puedes hacer por mí, si te abro mi corazón?

—Permíteme, pues, querido amigo, que te dirija la siguiente pregunta. Si dices que no has venido á verme por interés mío, ¿cuál es la causa que te ha inducido á venir?

—¿Y me lo preguntas? Disfrutar la

compañía de una de las personas mas respetables de la Pentápolis.

—¿Y nada mas que por eso has andado una semana, expuesto continuamente á morir?

—En cuanto al riesgo de morir, poco vale para quien no se cuida de la vida; y en cuanto á la semana de camino, tuve un sueño una noche durante este tiempo, que me puso en la duda de si seria prudente molestar á un obispo cristiano con pensamientos ó cuestiones relativas solo á pobres seres humanos como yo, que se casan y son dados en matrimonio.

—¿Te olvidas, amigo, que estás hablando á uno que se ha casado, ha amado... y ha perdido á las prendas de su cariño?

—No lo he olvidado. Pero ya vez cuán áspero me he vuelto, y que no soy compañero á propósito para tí ni para nadie. Se me figura que acabaré por hacerme gefe de ladrones y capitanear una partida de ausurianos.

—Pero, dije el paciente Sinesio, ¿te has olvidado de tu sueño?

—¡Olvidado! Yo no he prometido referirtelo...

—No; mas como parece que contenia una especie de acusacion contra mi capacidad, ¿no crees justo decir al acusado cuál era?

Rafael se sonrió.

—Bien.... Supon que he soñado que un filósofo, un académico, un incrédulo, encontró en Berenice á ciertos rabinos y les oyó leer y explicar un libro de Salomon.... el Cántico de los Cánticos. Tú, como hombre instruido, sabes qué especie de alegoría han inventado tocante á ese libro. Sabes que en tu concepto, los ojos de la esposa debian significar los escribas que estaban llenos de sabiduría, como los pozos de Heshbon, de agua; su estatura semejante á la palma, los sacerdotes que habrian sus manos para bendecir al pueblo; la mano izquierda bajo su cabeza, los Tefilim que aquellos viejos pedantes llevaban en la muñeca izquierda, y la mano derecha que la sostenia, el Mezuzah que fijaban en el lado derecho de sus puertas para auventar al diablo, etc., etc.

—He oido hablar de esos necies cabalismos.

—¿Sí? Pues supon que yo continué

soñando, y ví que aquel mismo académico é incrédulo, siendo judío arrancó el rollo de manos de los rabinos, y les dijo que eran unos necios, porque trataban de descubrir lo que el libro podía significar antes de saber lo que significaba realmente; cosa imposible de averiguarse, como no fuese buscando en las simples palabras lo que Salomon habia querido dar á entender. Supon luego que este mismo judío apóstata, este miembro de la Sinagoga de Satanás, en sus ideas carnales é ilegítimas, habia adquirido la elocuencia del diablo y les habia dicho que aquel libro muestra á todo el que tiene ojos para ver, que Salomon, el gran rey, con sus sesenta reinas, sus ochenta concubinas y sus innumerables vírgenes, olvida todo su serralló y su lujo por el puro y noble amor de la inmaculada, que no es mas que una; que así como sus ojos están abiertos para ver que Dios hizo el hombre para la muger y la muger para el hombre, cual sucedia en el jardin de Edem, así su corazon y sus pensamientos se vuelven puros, suaves, ingénuos; que el canto de los pájaros, el olor de las uvas, los aromáticos vientos del

Sur y todos los sencillos placeres campestres de los valles del Libano que disfruta con sus viñadores y esclavos, son mas preciosos á sus ojos que todos sus palacios y pompa artificial, sintiendo el hombre que está en armonía por la primera vez de su vida, con el universo de Dios y el misterio de las estaciones; que dentro y fuera de él, el invierno ha pasado con sus lluvias, las flores aparecen sobre la tierra y el canto de la tórtola se oye en el país.... Supon que he visto en mi sueño á los rabinos, en cuanto oyeron aquellas palabras impías, precipitarse sobre el hijo de Belial y espulsarle, porque blasfemaba de sus libros sagrados con sus carnales interpretaciones. Supon (digo solo que supongas) que oí en mi sueño á aquel infeliz decir en el fondo de su corazon: "Consultaré á los cristianos; ellos reconocen la santidad de este mismo libro, y dicen que su Dios le enseñó que en un principio Dios hizo al hombre, macho y hembra. Quizá me digan si este cántico de los cánticos muestra, como á mí me lo parece, el tránsito de la poligamia brutal á la monogamia que con tal solemnidad

prescriben, y convengan conmigo en que el cántico tiene merecidamente un lugar entre los libros sagrados por predicar esto." Tú, como obispo cristiano, debes saber la respuesta que recibiría. ¿Callas? Entonces te diré lo que pareció recibir en mi sueño. "¡Hombre carnal, blasfemo, que conviertes la Santa Escritura en un manto para cubrir tu licencia, como si allí se hablase de los bajos y sensuales afectos del hombre, ten entendido que ese libro debe interpretarse espiritualmente como la expresión del matrimonio del alma y su Creador, y que de él es de donde deduce la Iglesia sus mas poderosos argumentos en favor de la virginidad y las glorias del celibato."

Sinesio permaneció en silencio.

—¿Y qué piensas ví en mi sueño hacer á aquel hombre, cuando oyó esta respuesta? Maldijo el día de su nacimiento y la hora en que se dijo á su padre. "Te ha nacido un varon." Y exclamó. "¡Filósofos, judíos y cristianos, adios para siempre! Bajo el cielo no hay verdad ni razon. Lo mejor es seguir el ejemplo de los suyos, entregarse á la usura, acumular dinero y adular

á los tontos, como lo hicieron antes sus padres."

Sinesio, despues de meditar un instante, dijo:

—Y sin embargo, te has dirigido á mí....

—Porque tú has amado y te has casado, negándote cuando te se nombró obispo, á renunciar á la esposa que Dios te habia concedido. Sin duda tú podrás explicarme el enigma.

—¡Ay, amigo! Ultimamente he empezado á desconfiar de mi poder de explicar enigmas. Y á la verdad, ¿qué se ganaria con explicarlo? ¿Qué importa un misterio mas en un mundo de misterios? "Si te casares no pecas," dice San Pablo, y esto basta. No me pidas que argulla contigo, sino que te ayude. En vez de confundirme con cuestiones profundas y excitarme á dar mi juicio privado, como lo he hecho ya demasiado á menudo contra la opinion de la Iglesia, refiéreme tu historia y pon á prueba mi simpatía mas bien que mi entendimiento. Sentiré contigo y trabajaré en tu favor, no lo dudes, aunque sea incapaz de explicarme á mí mismo la causa de mi conducta.

—¿No puedes, según eso, descifrar mi enigma?

—Permíteme que te ayude, dijo Sinesio con dulce sonrisa, á descifrarlo por tí mismo. Inútil es que quieras engañarme. Amas á una muger pura. Cuando la poseas, serás capaz de juzgar mejor si tu interpretacion del cántico de los cánticos es la verdadera; y si persistes entonces, Sinesio, á lo menos no disputará contigo. Ha reclamado siempre el derecho de filosofar individualmente, y te dejará la misma libertad, hágalo ó no la multitud.

—¿Convienes, pues, conmigo? Creo que sí.

—¿Es justo preguntarme si acepto una interpretacion nueva que acabo de oír, y que ha sido expresada con alguna rapidez y bajo una forma retórica?

—Eludes la cuestion, dijo Rafael impertinentemente.

—Y aunque así sea, ¿no puedo ayudarte en la práctica, dejándote entregado á tí mismo en la parte especulativa?

—Bien; si quieres saber mi historia, óyela y juzga por tí mismo del sentido comun de los cristianos.

Y apresuradamente, como si se aver-

gonzase de su confesion, y se viera obligado á pesar suyo á hacerla, refirió á Sinesio todo desde su primer encuentro con Victoria hasta que se separó de ella en Berenice.

El buen obispo, con sorpresa de Abenezra, pareció hallar en ella gran diversion en el asunto. Se rió, se golpeó el muslo con la mano, movió la cabeza á cada pausa como aprobando, bien por animar á Rafael, bien porque realmente creyese que los planes de éste eran mucho menos desesperados de lo que él imaginaba....

—Si te ries de mí, Sinesio, callaré; pues me sobra con la humillacion de confesarte que he vuelto á los diez y seis años.

—¿Reirme de tí? reirme contigo has querido decir. ¿Un convento? ¡Bah! El anciano prefecto tiene bastante juicio, respondo de ello, para oponerse á que su hija contraiga un buen matrimonio.

—¿Te has olvidado de que no soy cristiano?

—Harémos que lo seas. No trataré de convertirme, pues que has acostumbrado siempre á burlarte de mi filosofia. Pero Agustin llega mañana.

—¿Agustin?

—Sin duda; y saldremos al amanecer con todos los hombres armados que podamos reunir, á recibirle y escoltarle, entreteniéndonos en cazar á la ida y á la venida, pues hace quince dias que no hemos comido mas que lo que nuestros perros y nuestros arcos nos han suministrado. El te tomará á su cargo y te curará de todo tu judaismo en una semana. Lo demas déjalo á mí; yo lo manejaré de un modo ú otro, y te aseguro que no quedaré desairado. No te dé vergüenza. Será una verdadera diversion para un infeliz que no tiene otra cosa en que ocuparse. ¡Oh! Y en cuanto á deberme un favor, nada mas facil que recompensarlo con otro; pues bastará que me prestes três ó cuatro mil monedas de oro (¡sabe el cielo que las necesito!) con la seguridad de no volverlas á ver nunca.

Rafael no pudo á su vez contener la risa.

—¡Sinesio es siempre el mismo, segun veo, digno descendiente de Hércules! Y aunque rehuye de limpiar el establo Angeano de mi alma, patea como el caballo de guerra en el valle, con la

esperanza de emprender en mi favor trabajos de menos importancia. Pero mi querido y generoso obispo, este asunto es mas serio, y yo, interesado en él, me he vuelto tambien mas serio de lo que crees. Dime, por el puro honor de tus abuelos espartanos Agis, Brásidas y demas, ¿no te parece que estás en tu irreflexiva bondad, excitándome conducirme de un modo que ellos calificarian no muy honorosamente para mí?

—¿Cómo, amigo mio? Tu deseo es legítimo y honesto, y yo me complazco en ayudarte á que lo realices.

—¿Piensas que antes de ahora no he buscado yo mas de un camino para realizarlo por mí mismo? Una docena de veces he tenido ya tentaciones de volverme cristiano; pero se han despertado en mí las ideas mas estrañas sobre conciencia y honor.... Sabe el cielo que no era antes muy escrupuloso, ni ahora lo soy con exceso, excepto tratándose de ella. No puedo aspirar á su mano. No me atreveria á mirar su rostro si pesase sobre mi conciencia una mentira.... Ella tiene, cuando fija su vista en una persona, la penetracion de una divinidad.... En mi vida habia sen-

tido vergüenza hasta que mis ojos se encontraron con los suyos.

—Pero, ¿y si realmente llegaras á ser cristiano?

—Imposible. Los motivos que me impulsan á ello, serian sospechosos para mí. Ese es otro de mis absurdos escrúpulos actuales. Recelaria que habia cambiado de creencia porque deseaba cambiar... y que si no la engañaba á ella, me engañaba á mí mismo. Si no la amase, seria otra cosa; pero ahora... por lo mismo que la amo, no quiero, no me atrevo á oír los argumentos de Agustina ni mis ideas en el particular.

—¡Hombre obstinado! exclamó Sinesio: parece que encuentras un placer perverso en precipitarte de nuevo en medio de las olas, cuando ya has trepado á la roca de salvacion!

—¿Placer? ¿Lo hay en tener empeñada una lucha á muerte con el diablo? Habia dejado de creer en él por muchos años.... Y en el momento en que algo noble y justo renace en mi espíritu, encuentro á la vieja serpiente asida con fuerza á mi garganta. No te sorprenda que sospeche de él, de tí, de mí mismo... cuando he sentido en la última semana

á cada hora tentaciones de convertirme en diablo. Sí, prosiguió levantando la voz, mientras que todo el fuego de su naturaleza oriental brillaba en sus negros ojos, ¡de convertirme en diablo! Desde mi niñez no habia conocido hasta ahora lo que era desear y no poseer. No he tenido muchas veces que molestar á ningun pobre Naboth á causa de su viña; pero cuando he tratado de hacerlo, Naboth ha creido mas prudente ceder... Y ahora... ¿Te figuras que no han pasado por mi cabeza una docena de planes infernales en la última semana? ¡Mira! Esta es la hipoteca de todos los bienes de su padre. La compré (sea instigado por Satanás ó por Dios) á un banquero de Berenice, el mismo dia que me separé de ellos; y al presente, ellos y todo lo que poseen están á mi disposicion. Puedo arruinarlos... venderlos como esclavos... denunciarlos como rebeldes... y hasta pagar una docena de hombres que la arrebaten de su lado, y así cortar mas simple y sumariamente el nudo gordiano. ¡Y sin embargo, no me atrevo! Debo ser puro para acercarme á la que es pura, y justo para besar los piés de la que es de-